

# CERVEZA Y CINE

**Autor: Alberto Arillo, vocal de la junta directiva de AETCM.**

Guardo un vídeo de ese ciego deslumbrante que fue Jorge Luis Borges en el que el argentino se declara entusiasta de la lengua inglesa por ser heredera de la lengua germánica y la lengua latina. Afirma que, gracias a esa doble naturaleza, palabras que pudieran considerarse sinónimas ganan matices que las hacen significar cosas parejas, pero no iguales. Da varios ejemplos. El Espíritu Santo puede nombrarse como Holy Spirit y como Holy Ghost mereciendo ese "spirit" latino una consideración distinta del "ghost" germano. Las cosas del genio.

Una palabra que nos enseña esa versatilidad de la lengua inglesa y que es una de mis palabras favoritas desde que la leí por primera vez (como plisado, parsimonia y un largo etcétera de nuestro querido español) es tesellate. Las teselas son cada una de esas piedrecitas que forman los mosaicos que aún podemos admirar en alguna de esas villas romanas que han llegado incólumes después de dos mil años a este siglo XXI. De esta palabra latina, tessella, los británicos crearon un verbo, tesellate, que expresa esa precisión de las cosas que encajan milimétricamente y de un modo hermoso tal y como lo hace la cerveza en nuestras vidas y en ese último arte que es el cine.

No sé si fue en el cine de verano que se instalaba junto al Sánchez Pizjuán, en una sesión doble en un cine de Sanlúcar, o incluso en la casa de algún amigo desde un VHS, pero la competición de comer salchichas acompañadas de cerveza entre Bud Spencer y Terence Hill para ver quién se quedaba con el buggy de *Y si no nos enfadamos* (¡Altrimenti ci arrabiamo!, *Marcello Fondato, 1974*) es, hurgando en mi memoria, el primer recuerdo cervecero que tengo de la gran pantalla. Esta película se rodó en parte junto al viejo Calderón y en algún momento, de refilón, juraría que se ve también la vieja fábrica de Mahou de Paseo Imperial.

Y es que las fábricas de cerveza han sido en ocasiones escenario perfecto sobre las que desarrollar las historias. De The Old Brewery es de donde salen Liam Neeson y su banda de los Conejos Muertos para enfrentarse a los Nativos de Daniel Day-Lewis (*Gangs of New York, Martin Scorsese, 2002*) y en Superagente 86 (*Get Smart, Peter Segal, 2008*) hay una escena completa filmada en la fábrica de Los Angeles de Budweiser transformada, la magia del cine, en una empresa panadera moscovita.

Pero el cine es más que nada una imitación de la vida. Al cine, como en la cita clásica, nada de lo humano le es ajeno. Igual la cerveza, que ha tenido la delicadeza de acompañar desde siempre al hombre con independencia de su situación. Recordemos como en *El show de Truman*, (*The Truman Show, Peter Weir, 1998*) el íntimo de Jim Carrey acude al rescate con un six pack para levantar la moral del amigo cada vez que Truman vacila. Es también la cerveza compañera cuando se ajustan cuentas con uno mismo, cuando se tiene por delante la ingrata tarea de echar la vista atrás y no siempre poder después levantar la mirada de un modo limpio. Así es en *Una historia diferente*

(*The Straight story*, David Lynch, 1999, una maravilla que si no han visto los animo a buscar) Hay un momento en el que el viejo Alvin y otro veterano de la Segunda Guerra Mundial en la barra de un bar recuerdan ciertos episodios poco edificantes que les tocó vivir y allí está la botella de cerveza, testigo, confesora, o simple balanza. Por supuesto también está en los momentos de alegría y celebración. De Niro, Christopher Walken, Cazale y el resto de los chicos cantando "Can't take my eyes off you" en *El Cazador* (*The deer hunter*, Michael Cimino, 1978) entre cervezas y palos de billar antes de que algunos de ellos salgan hacia Vietnam y ya no vuelvan, no al menos como eran.

Y más que nada la cerveza es la mejor compañera de la amistad, como la de los entrañables irlandeses tan bien caracterizados por Farrell y Gleeson en dos joyas del cine moderno como son *Escondidos en Brujas* (*In Bruges*, Martin McDonagh, 2008) y *Almas en pena de Inisherin* (*The banshees of Inisherin*, Martin McDonagh, 2022) donde la cerveza está siempre presente y muy especialmente en forma de pintas de Guinness.



ALMAS EN PENA

Y es que las empresas cerveceras, con sus marcas, son parte del paisaje cinematográfico. En ocasiones en los diálogos, como la célebre bronca de Dennis Hopper a Kyle MacLachlan en *Terciopelo azul* (*Blue Velvet*, David Lynch, 1986, ¿se puede estar más guapa que Laura Dern en esta película?) en la que le afea su preferencia por la Heineken en lugar de la Pabst Blue Ribbon. O como en *Haz lo que debas* (*Do the right thing*, Spike Lee, 1989) donde el alcalde, el personaje interpretado por Ossie Davis que sólo quiere beber Miller, habla con disgusto hasta de la Miller Light comparándola con chicoria (bueno, es lo que dicen al doblar, que a saber si en Brooklyn saben lo que es eso).

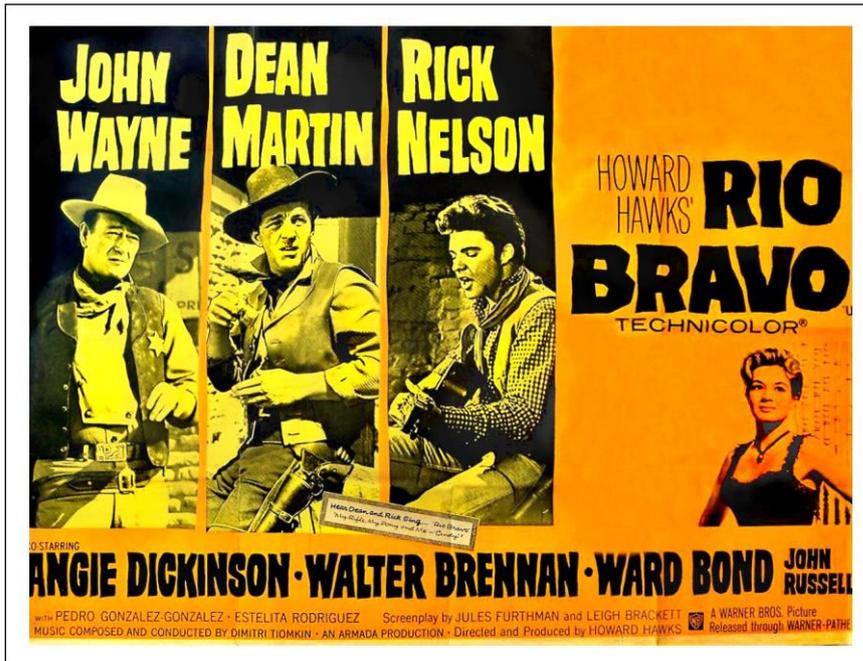
En otras ocasiones son atrezzo inesperado. Quién sino Al Pacino podría contar sus ganancias sobre una caja de Löwenbräu en *El precio del poder* (*Scarface*, Brian de Palma, 1983, no sé si comentar algo también sobre Michelle Pfeiffer en esta película porque se me puede acabar yendo de las manos el artículo). Y no es novedad que en las campañas publicitarias haya una colaboración con actores (tenemos la reciente de Luis Tosar con

Voll Damm o la no tan lejana de Guy Oliver-Watts para Estrella Galicia) o directores (así a bote pronto se me viene a la cabeza la campaña de Julio Medem para Amstel) o ya, directamente, se utilicen escenas de películas como hizo Carlsberg con el “posiblemente mejor trago de cerveza” de la gran pantalla de *Fugitivos del desierto* (*Ice cold in Alex*, J. Lee Thompson, 1958) Todo esto sin entrar en el llamado “product placement”, porque ese es otro laberinto del que no hay Ariadna que te pueda ayudar a salir.



PROBABLEMENTE

La cerveza se ha dejado caer hasta por el género cinematográfico por excelencia, el western, aunque no siempre sale bien parada ya que frente al whisky es considerada un mal menor. Dean Martin, ayudante borracho del sheriff en *Río Bravo* (*Río Bravo*, Howard Hawks, 1959), trata de mantenerse sobrio a base de café y cerveza, cerveza que acaba aborreciendo cada vez que John Wayne o Walter Brennan se la ofrecen para calmar su sed. En la famosa *Fort Apache* (*Fort Apache*, John Ford, 1948) durante el baile de suboficiales se ofrecen, junto al habitual ponche regado con Dios sabe qué, dos barriles de cerveza. Y es que un salón canónico, además de tahúres, pianola, cananas y revólveres necesita de una barra bien regada de cerveza.



Podríamos alargarnos, me habré dejado miles de escenas en el tintero, pero entraría ya en una lista de esas que volvían loco al protagonista de *Alta fidelidad* (*High Fidelity*, *Stephen Frears*, 2000) Tal vez para otro día merezca la pena visitar a la nunca suficientemente bien ponderada serie de *The Simpsons* y a su auténtico héroe americano, Duffman, pero por hoy ya sólo nos queda lo más importante, brindar. Y para este brindis me gustaría viajar hasta la escena final de *Cómo casarse con un millonario* (*How to marry a millionaire*, *Jean Negulesco*, 1953), hasta la cafetería de la elegante Nueva York de los años 50 donde los afortunados maridos de Betty Grable, Marilyn Monroe y Lauren Bacall al caer ellas desmayadas al descubrir que sí, que finalmente una de ellas, sin saberlo, ha conseguido casarse con un rico millonario, se incorporan de sus banquetas jarra en mano para brindar a la simple voz de "Gentlemen, to our wives". Bonito brindis, ¿verdad?